Índice

Cubierta

El resplandor

PRIMERA PARTE PRELIMINARES

1. ENTREVISTA DE TRABAJO

2. BOULDER

3. WATSON

4. EL PAÍS DE LAS SOMBRAS

5. LA CABINA TELEFÓNICA

6. PENSAMIENTOS NOCTURNOS

7. EN OTRO DORMITORIO

SEGUNDA PARTE EL DÍA DEL CIERRE

8. VISTA PANORÁMICA DEL OVERLOOK

9. LIQUIDACIÓN DE CUENTAS

10. HALLORANN

11. EL ESPLENDOR

12. RECORRIDO SOLEMNE

13. LA ENTRADA PRINCIPAL

TERCERA PARTE EL AVISPERO

14. EN LO ALTO DEL TEJADO

15. EN LA TERRAZA

16. DANNY

17. EN EL CONSULTORIO

18. EL ÁLBUM DE RECORTES

19. ANTE LA PUERTA 217

20. CONVERSACIÓN CON EL SEÑOR ULLMAN

21. PENSAMIENTOS NOCTURNOS

22. EN LA FURGONETA

23. EN LA ZONA INFANTIL

24. LA NIEVE

25. EN EL INTERIOR DE LA 217

CUARTA PARTE AISLADOS POR LA NIEVE

26. EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

27. EL CATATÓNICO

28. «¡FUE ELLA!»

29. CONVERSACIÓN EN LA COCINA

30. NUEVA VISITA A LA 217

31. EL VEREDICTO

32. EL DORMITORIO

33. EL VEHÍCULO PARA LA NIEVE

34. LOS SETOS

35. EL VESTÍBULO

36. EL ASCENSOR

37. EL SALÓN DE BAILE

QUINTA PARTE CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

38. FLORIDA

39. EN LAS ESCALERAS

40. EN EL SÓTANO

41. A LA LUZ DEL DÍA

42. EN VUELO

43. INVITA LA CASA

44. CONVERSACIONES EN LA FIESTA

45. AEROPUERTO DE STAPLETON, DENVER

46. WENDY

47. DANNY

48. JACK

49. EL VIAJE DE HALLORANN

50. REDRUM

51. LA LLEGADA DE HALLORANN

52. WENDY Y JACK

53. LA DERROTA DE HALLORANN

54. TONY

55. LO QUE FUE OLVIDADO

56. LA EXPLOSIÓN

57. LA SALIDA

58. EPÍLOGO/VERANO

Doctor sueño

Notas

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Dedico este libro

a Joe Hill King, que esplende .

Algunos de los más hermosos hoteles de temporada del mundo se hallan situados en el estado de Colorado, pero el que se describe en estas páginas no se basa en ninguno de ellos. El Overlook y la gente que con él se vincula no existen más que en la imaginación del autor.

En ese aposento... se apoyaba un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo se balanceaba con un resonar sordo, pesado, monótono; y cuando la hora iba a sonar, de las entrañas de bronce del reloj salía un tañido claro, resonante, profundo y extraordinariamente musical, pero de un timbre tan particular y potente que de hora en hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a interrumpir... para escuchar el sonido; y las parejas danzantes cesaban por fuerza en sus evoluciones; durante un momento, en aquella alegre sociedad reinaba el desconcierto; y mientras aún resonaban los tañidos del reloj, se notaba que los más vehementes palidecían y los de más edad y más sensatos, se pasaban la mano por la frente, como si se entregaran a un confuso ensueño o meditación. Pero apenas los ecos cesaban, livianas risas se difundían por la reunión...; y se sonreían de su nerviosidad... mientras se prometían unos a otros en voz baja que el siguiente tañido del reloj no provocaría en ellos una emoción semejante. Mas al cabo de sesenta minutos... el reloj daba otra vez la hora, y otra vez nacían el desconcierto, el temblor y la meditación de antes.

Mas a pesar de esas cosas, la jarana era alegre y magnífica...

E. A. POE

La máscara de la Muerte Roja

El sueño de la razón produce monstruos.

GOYA

Cuando esplenda, esplenderá .

Dicho popular

PRIMERA PARTE

PRELIMINARES

1. ENTREVISTA DE TRABAJO

Menudo empleaducho engreído , pensó Jack Torrance.

Ullman no pasaría de un metro sesenta y cinco de estatura, y al moverse lo hacía con la melindrosa rapidez propia de los hombres bajos y obesos. La raya del pelo era milimétrica, y vestía un traje oscuro, sobrio, aunque reconfortante. Aquel traje parecía invitar a las confidencias cuando se trataba de un cliente cumplidor, pero transmitía un mensaje más lacónico al ayudante contratado: «más vale que sea usted eficiente». Llevaba un clavel rojo en la solapa, probablemente para que por la calle nadie confundiera a Stuart Ullman con el empresario de pompas fúnebres.

Mientras hablaba, Jack pensó que, en aquellas circunstancias, probablemente a nadie le habría gustado estar al otro lado de la mesa.

Ullman le había hecho una pregunta, sin que él alcanzara a oírla. Mala suerte, se dijo. Ullman era una de esas personas capaces de archivar en su computadora mental los errores de este tipo para tenerlos en cuenta más adelante.

–¿Qué decía?

–Le preguntaba si su mujer conoce realmente el trabajo que ha de hacer aquí. También está su hijo, por supuesto –echó un vistazo a la solicitud que tenía ante sí– … Daniel. ¿A su esposa no le asusta la idea?

–Wendy es una mujer extraordinaria.

–¿Su hijo también lo es?

Jack esbozó una amplia sonrisa de «relaciones públicas».

–Creemos que sí. Para sus cinco años es un chico bastante seguro de sí mismo.

Ullman no le devolvió la sonrisa. Guardó la solicitud de Jack en una carpeta, que fue a parar a un cajón. La mesa quedó completamente despejada, salvo por un secante, un teléfono, una lámpara y una bandeja de Entradas/Salidas, también vacía.

Ullman se levantó y se dirigió hacia el archivador, colocado en un rincón.

–Por favor, acérquese, señor Torrance. Vamos a ver los planos del hotel.

Volvió con cinco hojas grandes, que desplegó sobre la brillante superficie de nogal del escritorio. Jack se quedó de pie junto a él, y percibió claramente el olor de la colonia de Ullman. «Mis hombres usan English Leather, o no usan nada.» El anuncio le vino a la mente sin motivo alguno, y tuvo que morderse la lengua para dominar un acceso de risa. Desde el otro lado de la pared, llegaban débilmente los ruidos de la cocina del hotel Overlook. Al parecer, estaban terminando el servicio de comidas.

–La última planta –comentó Ullman–, es el desván. En la actualidad no hay más que trastos. El Overlook ha cambiado de manos varias veces desde la guerra, y parece que cada uno de los directores echó en el desván todo lo que no quería. Quiero que pongan ratoneras

y cebos envenenados. Algunas camareras de la tercera planta aseguran que han oído ruidos ahí arriba. Aunque no lo creo, no debe haber una sola oportunidad entre cien de que una rata se aloje en el Overlook.

Jack, que sospechaba que todos los hoteles del mundo alojaban al menos un par de ratas, guardó silencio.

–Por supuesto, no dejará que su hijo suba al desván bajo ninguna circunstancia.

–No –convino Jack, y volvió a sonreír afablemente. Qué situación más humillante, pensó. ¿Acaso este empleaducho engreído cree que dejaré jugar a mi hijo en un desván con ratoneras, atestado de trastos y de sabe Dios qué otras cosas?

Ullman apartó el plano del desván y lo puso debajo de los otros.

–El Overlook tiene ciento diez habitaciones –anunció con solemnidad–. Treinta de ellas, todas suites, están en la tercera planta; diez en el ala oeste (incluyendo la suite presidencial), diez en el centro y las otras diez en el ala este. Todas ellas tienen una vista estupenda.

¿No podrías, por lo menos, interrumpir tu discurso?, se preguntó, pero guardó silencio, ya que necesitaba el empleo.

Ullman puso el plano de la tercera planta debajo de los demás y los dos examinaron el de la segunda.

–Cuarenta habitaciones –prosiguió Ullman–, treinta dobles y diez individuales. Y en la primera planta, veinte de cada clase. Además, hay tres armarios de ropa blanca en cada planta, un almacén en el extremo este de la segunda planta y otro en el extremo oeste de la primera. ¿Alguna pregunta?

Jack negó con la cabeza y Ullman guardó los planos de la primera y segunda planta.

–Bueno, ahora la planta baja. Aquí, en el centro, está el mostrador de recepción; detrás de él la administración. El vestíbulo mide veinticinco metros a cada lado del mostrador. En el ala oeste están el comedor Overlook y el salón Colorado. El salón de banquetes y el de baile ocupan el ala este. ¿Alguna pregunta?

–Sólo referente al sótano, que para el vigilante de invierno es el lugar más importante

–respondió Jack–. Vamos, donde se desarrolla la acción…

–Todo eso se lo enseñará Watson. El plano de los sótanos está en la pared del cuarto de calderas –frunció el entrecejo con aire de importancia, quizá dando a entender que, como director, no le concernían aspectos del funcionamiento del Overlook tan terrenales como las calderas y la fontanería–. Tal vez no sea mala idea poner algunas ratoneras también ahí abajo. Espere un minuto…

Garabateó una nota en un bloc que sacó del bolsillo interior de la chaqueta (cada hoja llevaba en bastardilla la inscripción «De la mesa de Stuart Ullman»), arrancó la hoja y la dejó en el apartado de «Salidas» en la bandeja. El bloc pareció desaparecer en su bolsillo, como si acabara así un truco de magia. Ahora lo ves, ahora no lo ves. Este tipo es un verdadero artista, pensó Jack.

Volvieron a la posición del principio, Ullman detrás de la mesa del despacho y Jack frente a él, entrevistador y entrevistado, solicitante y patrón reacio. Éste entrecruzó sus pulcras manos sobre el papel secante y miró fijamente a Jack; Ullman era un hombre menudo y calvo, con traje de banquero y discreta corbata gris. La flor que lucía en la solapa contrastaba con una pequeña insignia, sobre la que se leía en pequeñas letras doradas: PERSONAL.

–Francamente, señor Torrance, Albert Shockley es un hombre muy poderoso. Tiene grandes intereses en el Overlook… que por primera vez en su historia ha dado beneficios en la última temporada. El señor Shockley pertenece también al Consejo de Administración, pero no es hombre de hostelería, y él sería el primero en admitirlo. Ahora bien, en lo que respecta a este asunto del vigilante, ha expresado claramente sus deseos: quiere que le contratemos a usted, y así lo haré. Pero de haber tenido libertad de acción en esta cuestión, yo jamás le habría admitido.

Sudorosas, luchando una con otra, las manos de Jack se trababan tensamente. Empleaducho engreído, maldito cretino, se dijo.

–No creo que le importe mucho mi opinión, señor Torrance, ni a mí me interesa la suya. Sin duda sus sentimientos hacia mí no tienen nada que ver con mi convicción de que no es usted el hombre adecuado para este trabajo. Durante la temporada que va del quince de mayo al treinta de septiembre, el Overlook emplea a ciento diez personas en dedicación completa; es decir, una por cada habitación del hotel. No creo que a muchos de ellos les caiga simpático, y sospecho que algunos me consideran un tanto odioso. Puede que tengan razón al opinar así de mi carácter; para administrar este hotel de la manera que merece, tengo que ser un poco odioso.

Miró a Jack en espera de que hiciera algún comentario, pero se limitó a desplegar su sonrisa de «relaciones públicas», amplia e insultantemente llena de dientes.

–El Overlook –explicó Ullman– fue construido entre 1907 y 1909. La ciudad más próxima es Sidewinder, situada a sesenta y cinco kilómetros al este de aquí, por carreteras que desde finales de octubre o noviembre quedan bloqueadas hasta abril. Lo construyó un hombre llamado Robert Townley Watson, el abuelo de nuestro actual encargado de mantenimiento. Aquí se han alojado los Vanderbilt, los Rockefeller, los Astor y los Du Pont. Y la suite presidencial la han ocupado cuatro presidentes: Wilson, Harding, Roosevelt y Nixon.

–De Harding y Nixon no estaría tan orgulloso –murmuró Jack.

Ullman frunció el entrecejo con indiferencia.

–Para el señor Watson fue excesivo, de manera que vendió el hotel en 1915. Volvió a ser vendido en 1922, 1929 y 1936, y estuvo vacante hasta finales de la Segunda Guerra Mundial. Luego fue adquirido y completamente renovado por Horace Derwent, millonario inventor, piloto, productor de cine, empresario.

–He oído hablar de él –comentó Jack.

–Por supuesto. Parecía que todo lo que tocaba se convertía en oro... a excepción del Overlook. Invirtió en él más de un millón de dólares antes de que el primer huésped de posguerra atravesara sus puertas para convertir esta reliquia decrépita en un lugar de moda. Derwent hizo instalar las canchas de roqué que le vi admirar cuando llegó.

–¿De roqué?

–Un antecedente británico de nuestro críquet, señor Torrance. El críquet es un roqué bastardeado. Según cuenta la leyenda, Derwent aprendió el juego de su secretario social y quedó completamente prendado de él. Es posible que la nuestra sea la mejor cancha de roqué en Norteamérica.

–Estoy seguro –asintió seriamente Jack. Una cancha de roqué, un jardín ornamental con arbustos recortados en forma de animales... ¿qué más podía esperar? Empezaba a cansarse del señor Stuart Ullman, pero era obvio que aún no había terminado. Sin duda iba a decir lo que se había propuesto, hasta la última palabra.

–Después de perder tres millones, Derwent vendió el hotel a un grupo de inversionistas californianos, cuya experiencia fue igualmente nefasta. No era gente de hostelería, eso es

todo.

»En 1970 el señor Shockley y un grupo de sus asociados compraron el hotel y me confiaron su administración. También nosotros hemos tenidos números rojos durante varios años, pero me satisface decir que la confianza que los actuales propietarios depositaron en mí jamás se ha debilitado. El año pasado no tuvimos pérdidas. Y este año, por primera vez en casi siete décadas, las cuentas del Overlook se escribieron con tinta negra.

Jack supuso que su orgullo estaba justificado, pero de inmediato volvió a embargarle una profunda sensación de desagrado.

–No veo relación alguna entre la historia del Overlook, realmente interesante, lo admito, y su sospecha de que no valgo para el puesto, señor Ullman –señaló.

–Una de las razones por las que el Overlook ha perdido tanto dinero consiste en la depreciación que se produce todos los inviernos, y que reduce el margen de ganancias mucho más de lo que creería, señor Torrance. Los inviernos son de una crudeza extrema. Para hacer frente al problema contraté a un vigilante permanente, que mantuviera encendidas las calderas y distribuyera diariamente las partes del hotel que reciben calefacción. Debía reparar las averías que se produjeran, de manera que los elementos no pudieran vencernos, mantenerse alerta para solucionar todas y cada una de las contingencias posibles. Durante nuestro primer invierno contraté a una familia en lugar de un hombre solo, y se produjo una tragedia… una tragedia horrible.

Ullman miró a Jack con mirada fría.

–Cometí un error y no tengo inconveniente en admitirlo. El hombre era alcohólico.

Jack sintió que en su boca se dibujaba una mueca áspera y lenta, la antítesis de la sonrisa que hasta el momento había esbozado.

–¿Conque era eso? Me sorprende que Al no se lo haya dicho. Yo he dejado la bebida.

–Sí, el señor Shockley me comentó que ya no bebía. También me habló de su último trabajo… es decir, de su último cargo de responsabilidad. Usted enseñaba inglés en una escuela preparatoria de Vermont, y tuvo un acceso de mal genio… creo que no es necesario que sea más explícito. Sin embargo, casualmente creo que el caso de Grady tiene cierta relación, y por eso he mencionado el tema de su… historia anterior. Durante el invierno del 70 al 71, después de la restauración del Overlook, pero antes de nuestra primera temporada, contraté a ese… desdichado llamado Delbert Grady, y que ocupó las habitaciones que ahora compartirá usted con su mujer y su hijo. Él tenía mujer y dos hijas.

Yo tenía mis reservas, entre las cuales las principales eran el rigor de la estación invernal y el hecho de que los Grady pasarían de cinco a seis meses aislados del mundo exterior.

–Pero en realidad, no es así, ¿verdad? Aquí hay teléfono y quizá también una radio de aficionado. Además, el Parque Nacional de las Montañas Rocosas está dentro del alcance de vuelo de un helicóptero, y estoy seguro de que con una extensión tan grande deben de tener un par de esos aparatos.

–No lo sé –admitió Ullman–. El hotel tiene un emisor y receptor de radio que el señor Watson le enseñará, y también le dará una lista de las frecuencias en que debe transmitir si necesita ayuda. Las líneas telefónicas con Sidewinder todavía son aéreas, y casi todos los inviernos caen en algún punto; en ese caso es probable que queden por el suelo entre tres semanas y un mes y medio. En el cobertizo hay un vehículo para la nieve.

–Así pues, el lugar no está realmente aislado.

El señor Ullman parecía apenado.

–Imagine que su mujer o su hijo cayeran por las escaleras y se rompieran el cráneo, señor Torrance. ¿Pensaría entonces que el lugar no está aislado?

Jack comprendió a qué se refería. Un vehículo para la nieve, a toda velocidad, le permitiría llegar a Sidewinder en una hora y media… con suerte. Un helicóptero del servicio de rescate de los parques podría tardar tres horas… en llegar… en condiciones óptimas. Pero si había una tormenta de nieve, no podría despegar, ni se podía contar con ir a toda velocidad en un vehículo de esos, aunque se arriesgara uno a salir con una persona gravemente herida, afrontando temperaturas que podían ser de veinticinco grados bajo cero… o de cuarenta y cinco, teniendo en cuenta el viento como factor de enfriamiento.

–En el caso de Grady –continuó Ullman–, hice el mismo razonamiento que al parecer ha hecho el señor Shockley con usted. La soledad en sí misma puede ser peligrosa. Es mejor que un hombre tenga consigo a su familia. Pensé que, si hay algún problema, lo más probable es que no sea algo tan urgente como una fractura de cráneo o un accidente con alguna de las herramientas mecánicas o un ataque epiléptico. Un caso grave de gripe, una neumonía, un brazo roto… incluso una apendicitis… cualquiera de esas cosas habría dejado tiempo suficiente.

»Sospecho que lo que sucedió fue consecuencia de un exceso de whisky barato (del que sin que yo lo supiera, Grady había hecho una abundante provisión) y de una extraña reacción a la que antes solían llamar «fiebre de encierro». ¿Conoce la expresión? –preguntó Ullman

con una sonrisa de suficiencia, dispuesto a explicarla tan pronto como su interlocutor hubiera admitido su ignorancia.

Pero Jack, ni corto ni perezoso, le respondió con rápida precisión:

–Es la forma popular de denominar una reacción claustrofóbica que puede darse cuando varias personas se encuentran encerradas durante un tiempo prolongado. La sensación de claustrofobia se exterioriza como aversión hacia la gente con quien uno se encuentra encerrado. En casos extremos puede dar como resultado alucinaciones y violencia, que pueden llevar al asesinato por motivos tan triviales como una comida quemada o una discusión sobre a quién le toca lavar los platos.

Ullman le miró un tanto perplejo, de lo cual Jack se sintió muy feliz. Decidió llevar un poco más lejos su ventaja, mientras silenciosamente prometía a Wendy que conservaría la calma.

–Supongo que también se equivocó en eso. ¿Grady les hizo daño?

–Las mató, señor Torrance, y después se suicidó. Asesinó a las pequeñas con un hacha y a su mujer con una pistola, con la que luego se suicidó. Tenía una pierna rota. Sin duda estaba tan borracho que se cayó por las escaleras.

Ullman separó ambas manos, mientras miraba virtuosamente a Jack.

–¿Tenía estudios?

–No –respondió Ullman con cierta rigidez–. Creí que un hombre... poco imaginativo sería menos susceptible a los rigores, a la soledad...

–Pues ése fue su error –declaró Jack–. Un hombre necio es más propenso a la fiebre de encierro, de la misma manera que tiene más propensión a matar a alguien por una partida de naipes o a cometer un robo siguiendo el impulso del momento. Porque se aburre. Cuando nieva, no se le ocurre otra cosa que ver la televisión o hacer solitarios, y hacerse trampa cuando no puede sacar todos los ases. No tiene otra cosa que hacer que quejarse a su mujer, reñir a los niños y beber. Le cuesta dormir sin oír más que el silencio. Entonces se emborracha para dormir y después despierta con resaca. Se pone quisquilloso. Y para colmo se queda sin teléfono y el viento le tira la antena de televisión y no puede hacer nada más que pensar y hacer trampas en el solitario y ponerse cada vez más y más quisquilloso. Y por último... bum, bum, bum.

–¿Y en cambio un hombre más culto, como usted, digamos?

–A mi mujer y a mí nos gusta leer. Estoy escribiendo una obra de teatro, como tal vez le haya dicho Al Shockley. Danny tiene sus rompecabezas, sus libros para colorear y su radio de galena. Tengo intención de enseñarle a leer y también a usar las raquetas para la nieve. A Wendy también le gustaría aprender a manejarlas. Sí, creo que podríamos mantenernos ocupados y no tirarnos los trastos a la cabeza unos a otros si se nos averiara la televisión –hizo una pausa–. Y Al le dijo la verdad cuando le contó que yo había dejado de beber. Lo hice, antes, y la cosa llegó a ser grave; pero en los últimos catorce meses no he probado ni un vaso de cerveza. No tengo la intención de traer aquí ni una gota de alcohol, ni pienso que haya oportunidad de conseguirlo después de que empiece a nevar.

–En eso tiene razón –convino Ullman–. Pero mientras estén aquí ustedes tres, los posibles problemas se multiplican. Se lo advertí al señor Shockley, y él dijo que asumía la responsabilidad. Ahora se lo he advertido a usted y, al parecer, también está dispuesto a asumirla.

–Así es.

–De acuerdo. Lo aceptaré, ya que no tengo otra opción. No obstante, preferiría tener un joven universitario sin familia que quisiera tomarse un año de descanso. En fin, quizá usted lo haga bien. Ahora le presentaré al señor Watson, que le enseñará el sótano y los terrenos adyacentes al hotel. A menos que tenga que hacerme alguna pregunta.

–No, ninguna.

Ullman se puso de pie.

–Espero que no queden entre nosotros resentimientos, señor Torrance. Le aseguro que en todo lo que le he dicho no hay nada personal. Sólo pretendo lo mejor para el Overlook. Es un gran hotel, y quiero que siga siéndolo.

–Por supuesto que no hay ningún resentimiento –dijo Jack, sonriendo de nuevo, pero se alegró de que Ullman no le tendiera la mano.

2. BOULDER

Al mirar por la ventana de la cocina lo vio sentado en la acera, sin jugar con los camiones ni el vagón, ni siquiera con el planeador de madera de balsa que tanto le había divertido durante la semana anterior, cuando Jack se lo llevó. Simplemente estaba sentado, esperando que apareciera el descolorido Volkswagen, con los codos apoyados en las piernas para sostenerse el mentón con ambas manos. Era un chiquillo de cinco años esperando a su padre.

De pronto, Wendy se sintió mal. Estaba a punto de echarse a llorar.

Colgó el paño de la barra que había junto al fregadero y bajó la escalera mientras se abrochaba los dos botones superiores de la bata. ¡Jack y su orgullo! «Eh, no, Al no necesito un adelanto. Voy tirando por ahora.» Las paredes del pasillo estaban llenas de rayaduras, de marcas de tiza y de lápices, de pintura; la escalera, empinada, llena de astillas. El edificio entero olía a rancio. ¿Acaso era un lugar apropiado para Danny, después de la pulcra casa de ladrillos de Stovington? Los vecinos del tercero no estaban casados y, aunque a Wendy eso no le preocupara, la inquietaban las constantes y rencorosas peleas. Le daban miedo. El hombre se llamaba Tom, y cuando los bares cerraban y ellos regresaban a casa, empezaban las disputas en serio... en comparación, el resto de la semana no eran más que preliminares. Jack las llamaba «las peleas nocturnas de los viernes», pero no eran ninguna broma. La mujer, Elaine, terminaba siempre entre sollozos, repitiendo una y otra vez: «No, Tom. Por favor, no. Por favor, no...» Y él no dejaba de gritar. En cierta ocasión incluso habían llegado a despertar a Danny, que dormía como una piedra. A la mañana siguiente Jack se encontró con Tom al salir y estuvo un rato hablando con él en la acera. Tom empezó a fanfarronear, Jack habló en voz demasiado baja para que Wendy lo oyera, y Tom se limitó a menear hoscamente la cabeza y se marchó. Durante unos días las cosas fueron mejor, pero el fin de semana siguiente volvieron a la «normalidad...»

La sensación de congoja volvió a inundarla, pero ya había llegado a la acera y la dominó. Alisándose el vestido, se sentó junto a su hijo en el bordillo de la acera.

–¿Qué pasa, doc? [1]

El pequeño esbozó una tímida sonrisa.

–Hola, ma.

Tenía el planeador entre los pies, calzados con playeras, y Wendy advirtió que una de las alas estaba rajada.

–¿Quieres que trate de arreglarlo, cariño?

Danny volvía a mirar fijamente la calle.

–No, papá lo arreglará.

–Es posible que no vuelva hasta la hora de la cena, doc. Estos recorridos de montaña son muy largos.

–¿Crees que se romperá el cacharro?

–No.

Su hijo le había dado un nuevo motivo de preocupación. Gracias, Danny. Era lo que necesitaba, pensó.

–Papá dijo que era posible –comentó Danny, aburrido–. Dijo que la bomba de la gasolina se iba a la mierda.

–No digas eso, Danny.

–¿Bomba de la gasolina? –inquirió con auténtica sorpresa. Wendy suspiró.

–No, «se iba a la mierda». No digas eso.

–¿Por qué?

–Es vulgar.

–¿Qué es vulgar, ma?

–Es como cuando te hurgas la nariz en la mesa o vas a hacer pis y no cierras la puerta del cuarto de baño. O decir cosas como «se iba a la mierda». Mierda es una palabra vulgar. La gente educada no la dice.

–Papá la dice. Mientras miraba el motor del coche dijo: «Cristo, la bomba de la gasolina se va a la mierda.» ¿Papá no es gente educada?

¿Cómo te metes en estos líos, Winnifred?, pensó y luego respondió:

–Claro que sí, pero además es una persona mayor, y tiene mucho cuidado de no decir cosas así en presencia de personas que no las entenderían.

–¿Como el tío Al?

–Sí.

–¿Cuando yo sea mayor podré decirlo?

–Supongo que sí, aunque a mí no me guste.

–¿A qué edad?

–¿Qué te parece a los veinte, doc?

–Es mucho tiempo para esperar.

–Sí, creo que sí, pero inténtalo.

–Bueno.

El niño volvió a mirar la calle. Sus músculos se contrajeron un poco, como si fuera a levantarse, pero el coche que se aproximaba era mucho más nuevo y de un rojo más brillante. Volvió a relajarse. Wendy pensaba en lo difícil que debía de haber sido para él la mudanza a Colorado. Aunque el niño no hubiera dicho una palabra, a ella le preocupaba el tiempo que pasaba solo. En Vermont, tres de los colegas de Jack en la facultad tenían niños de la misma edad de Danny, pero en este barrio del chico no tenía con quién jugar. La mayoría de los apartamentos estaban ocupados por estudiantes universitarios y de los pocos matrimonios que vivían en Arapahoe Street, casi ninguno tenía hijos. Wendy había visto quizá una docena de chicos que estarían ya en la escuela secundaria o al término de la primaria, tres bebés y nada más.

–Mami, ¿por qué se quedó sin trabajo papá?

Arrancada bruscamente de su ensueño, Wendy buscó desesperadamente una respuesta. Ella y Jack se habían planteado distintas maneras de responder a la previsible pregunta de Danny, que iban desde la evasión hasta la verdad pura y simple, sin ambages. Pero el

pequeño jamás había hecho la pregunta. Sin embargo, la había formulado en el peor momento, cuando ella estaba deprimida y menos preparada que nunca para recibirla. El niño la miraba, leyendo tal vez la confusión en su rostro y formándose sus propias ideas sobre el asunto. Pensó que, para los niños, los motivos y las acciones de los adultos debían de parecer tan enormes y amenazadores como las alimañas que se vislumbran entre las sombras de un bosque en la oscuridad. Pensó que debían de sentirse manipulados como marionetas, sin tener más que vagas nociones de los motivos. La idea la llevó otra vez peligrosamente al borde del llanto, y mientras trataba de reprimirlo, se inclinó parar recoger el planeador y empezó a darle vueltas entre las manos.

–Papá dirigía el grupo de controversia, Danny. ¿Te acuerdas de eso?

–Claro –respondió el niño–. «Discutir es disputar, pero por gusto», ¿era eso?

–Sí.

Con la mirada fija en la marca SPEEDOGLIDE y en las calcomanías azules de las alas, sin dejar de dar vueltas al planeador, Wendy empezó a contar a su hijo la verdad exacta.

–En el grupo había un muchacho que se llamaba George Hatfield, a quien papá tuvo que excluir porque no era tan bueno como los demás. George dijo que papá lo había excluido porque le resultaba antipático, no porque no sirviera. Después hizo algo muy feo, creo que eso ya lo sabes.

–¿Fue él quien nos pinchó los neumáticos del coche?

–Así es. Fue después de clase, y papá lo sorprendió haciéndolo. –Wendy volvió a vacilar, pero ya no había alternativa, debía decir la verdad o mentir–. Papá... a veces hace cosas que después lamenta. No piensa como debería. No es que le suceda a menudo, pero a veces sí.

–¿Hizo daño a George Hatfield como cuando yo le desparramé todos sus papeles?

Wendy parpadeó para hacer retroceder las lágrimas y recordó a Danny con un brazo escayolado.

–Algo así, cariño. Papá le golpeó para que dejara de pincharle los neumáticos, y George le dio un golpe en la cabeza. Luego las personas que dirigen la escuela decidieron que George no podía seguir siendo alumno y que papá no podía seguir siendo profesor. –Aterrorizada, se interrumpió en espera del diluvio de preguntas.

–Ah –murmuró Danny, y volvió a ensimismarse mirando la calle. Al parecer, el tema se había agotado. Wendy deseó poder darlo tan fácilmente por terminado.

Se levantó y dijo:

–Voy a preparar una taza de té, cariño. ¿Quieres un par de galletas y un vaso de leche?

–Prefiero esperar a papá.

–No creo que llegue a casa antes de las cinco.

–Tal vez venga temprano.

–Tal vez –convino Wendy.

Se alejaba por la acera cuando el niño la llamó.

–¿Mami?

–¿Qué, Danny?

–¿Tú quieres que vayamos a vivir a ese hotel todo el invierno?

¿Cuál de las cinco mil respuestas debía darle? ¿La que había sentido la noche anterior o aquella misma mañana? Todas eran diferentes, abarcaban todo el espectro, desde el rosado más feliz a un negro mortal.

–Si es lo que papá quiere, yo estoy de acuerdo –hizo una pausa y preguntó–: ¿Y tú?

–Supongo que sí –contestó Danny–. Aunque allí no hay mucha gente con quien jugar.

–Echas de menos a tus amigos, ¿verdad?

–A veces echo de menos a Scott y a Andy.

Wendy volvió junto a su hijo para besarlo y le mesó su rubio cabello, que empezaba a perder la sedosidad de la infancia. Era un muchacho muy solemne, y en ocasiones Wendy

se preguntaba cómo se las arreglaba para sobrevivir teniéndolos a ella y a Jack como padres. Después de tantas esperanzas, se habían visto reducidos a un sórdido edificio de apartamentos en una ciudad que no conocían. La imagen de Danny con el brazo escayolado volvió a alzarse ante ella. En el Servicio de Asignaciones Sociales de Dios alguien se había equivocado, y a veces Wendy temía que fuera un error que jamás podría rectificar y que tendría que pagar el más inocente de todos. Abrazó a su hijo y dijo:

–No cruces la calle, doc.

–Sí, mami.

Wendy volvió a subir, entró en la cocina y puso a calentar el agua para el té. Dejó un par de galletas en un plato, por si Danny decidía subir mientras ella estaba acostada. Con el gran tazón de cerámica frente a ella, se sentó a la mesa y volvió a mirar al niño por la ventana; seguía sentado al borde de la acera, con sus vaqueros y la camisa de color verde oscuro de la escuela, demasiado grande para él. El planeador estaba a su lado. Las lágrimas que le habían amenazado durante todo el día la invadieron súbitamente y Wendy, envuelta en el vapor rizado y fragante de la tetera, estalló en un llanto lleno de dolor y pérdida por el pasado, de terror ante el futuro.

3. WATSON

«Tuvo usted un acceso de mal genio», había dicho Ullman.

–Bueno, aquí está el horno –dijo Watson mientras encendía una luz en la oscura habitación, que olía a humedad. Era un hombre musculoso, de cabello ensortijado, camisa blanca y pantalón verde oscuro. Abrió una pequeña puerta enrejada que había en la panza del horno y él y Jack se inclinaron para mirar dentro.

–Ésta es la luz piloto.

Un incesante chorro azul se elevaba con un silbido. Fuerza destructiva canalizada, pensó Jack, pero la palabra clave era destructiva , no canalizada . Si uno metía la mano allí dentro, en tres segundos quedaría asada.

Un acceso de mal genio, recordó Jack una vez más. Danny, ¿estás bien…?

El horno, sin duda el más grande y viejo que Jack había visto en su vida, ocupaba todo el recinto.

–El piloto tiene un seguro –le explicó Watson–. Este pequeño automático de aquí mide el calor. Si baja de cierto punto, el piloto automático acciona un timbre que suena en sus habitaciones. Las calderas están al otro lado de la pared. Ahora se las enseñaré.

De un golpe cerró la portezuela enrejada y, rodeando el horno, condujo a Jack hacia otra puerta. El hierro irradiaba un calor abrumador y, sin saber por qué, Jack pensó en un enorme gato dormitando. Watson hizo tintinear las llaves, mientras silbaba.

Un acceso de... Los recuerdos no dejaban de acecharle. Recordó que cuando volvió a entrar en su despacho y vio a Danny allí, de pie, vestido sólo con unas bragas y sonriendo, una espesa y lenta nube de rabia le eclipsó la razón. En el fondo de su alma pensó que todo había ocurrido lentamente, pero de hecho debió de ocurrir en menos de un minuto. Esta presunta cadencia debía de ser la misma que induce a pensar que algunos sueños son lentos. Sin embargo, se trataba más bien de una pesadilla. Parecía que mientras había estado fuera, las puertas y los cajones de su despacho hubieran sido saqueados, así como el armario, los estantes y la biblioteca de puertas corredizas. Todos los cajones de la mesa estaban abiertos. Su manuscrito, la comedia en tres actos sobre la que venía trabajando lentamente, basada en una novela corta escrita siete años atrás, antes de graduarse, estaba desparramada por el suelo. Jack estaba bebiendo una cerveza mientras corregía el segundo acto, cuando Wendy le dijo que tenía una llamada telefónica. Danny aprovechó el momento para derramar sobre las páginas la lata de cerveza. «Para ver la espuma, para ver la espuma...» Las palabras se repetían en su mente como un acorde surgido de un piano desafinado, cerrando el circuito de su cólera. Lentamente avanzó hacia su hijo de tres años, que lo miraba sonriendo, satisfecho de lo que acababa de hacer en el despacho de papá. Danny empezó a decir algo y en ese momento le aferró la mano y se la dobló para que soltara la goma de borrar y el lápiz portaminas que sostenía. Danny lanzó un alarido desgarrador. ¡Qué difícil era recordarlo todo a través de la bruma de cólera, el golpe seco y desafinado de ese único acorde! Wendy preguntó desde alguna parte qué pasaba... Era una cuestión entre ellos dos. Jack agarró a Danny para darle unos azotes. Sus gruesos dedos se hundieron en la delicada carne del pequeño antebrazo, apretando hasta cerrar el puño. El chasquido del hueso al romperse no fue muy fuerte, trató de convencerse Jack, aunque en realidad le había parecido ensordecedor, abriéndose paso como una flecha a través de la bruma roja. Sin embargo, en vez de dejar entrar la luz del sol, aquel ruido había dejado paso a las nubes oscuras del remordimiento y la vergüenza, del terror, de la angustiosa convulsión del espíritu. Fue un ruido preciso, que separaba el pasado del futuro, un sonido como el que hace un lápiz cuando se quiebra, o una astilla para el fuego, después de romperla con la rodilla. Hubo un momento de espantoso silencio en el otro lado, tal vez por respeto hacia el futuro que comenzaba, hacia el resto de su vida. Vio cómo el rostro de Danny palidecía, cómo abría desorbitadamente los ojos, poniéndose vidriosos, y estuvo seguro de que se desplomaría en el charco de cerveza y papeles. Oyó su propia voz, débil y ebria, farfullando, procurando hacer que todo retrocediera, buscando una manera de olvidar el chasquido del hueso al quebrarse y de volver al pasado, como si hubiera un statu

quo en la casa, preguntando: ¿Estás bien, Danny? Recordó el alarido de Danny por respuesta y después Wendy, aterrada, boquiabierta al acercárseles y ver el grotesco ángulo que formaba el antebrazo de Danny con el codo; en el mundo de las familias normales no había brazos que articularan así. Ella gritó al abalanzársele para tomarlo en brazos, balbuceando: «¡Oh Dios, Danny, querido, oh santo Dios, tu pobre bracito!» Él, aturdido e inmóvil, trató de comprender cómo podía haber sucedido una cosa así. No se movió hasta que sus ojos se encontraron con los de su mujer y en ellos vio que Wendy lo odiaba. En ese momento no se le ocurrió qué podía significar aquel odio; sólo más adelante cayó en la cuenta de que esa noche ella podría haberle abandonado, haberse ido a un motel, haber presentado una demanda de divorcio a la mañana siguiente o haber llamado a la policía. Lo único que vio fue que su mujer lo odiaba y eso le hizo sentirse abrumado, completamente solo, horriblemente mal. Era algo parecido a la proximidad de la muerte. Después, Wendy corrió hacia el teléfono para marcar el número del hospital, con su vociferante hijo sostenido en el nido del brazo, sin que él se moviera. Permaneció inmóvil, en medio de su despacho en ruinas, oliendo a cerveza y pensando...

«Tuvo un acceso de mal genio...»

Ásperamente se pasó la mano por los labios y siguió a Watson al cuarto de calderas. Era un lugar húmedo, pero no era sólo la humedad lo que le cubrió de un sudor enfermizo y pegajoso la frente, el vientre y las piernas, sino que fue el recuerdo, ese azote cruel capaz de hacer que aquella noche de hacía dos años pareciera algo ocurrido hacía dos horas. No había distancia en el tiempo. Volvieron la vergüenza y la repulsión, la sensación de no valer nada, esa sensación que le empujaba a tomar un trago, lo que era motivo de una desesperación aún más sombría. ¿Habría una semana, un día, una simple hora de vigilia en que la ansiedad de beber no lo atacara por sorpresa?

–La caldera –anunció Watson. Se sacó del bolsillo trasero del pantalón un pañuelo azul y rojo, se sonó la nariz y volvió a guardar el pañuelo, no sin mirarlo brevemente para ver si encontraba algo interesante.

La caldera se erguía sobre cuatro bloques de cemento; era un largo depósito cilíndrico de metal, recubierto de cobre y remendado en muchas partes. Se extendía bajo una amalgama de cañerías y conductos que zigzagueaban hacia arriba hasta perderse en el techo del sótano, alto y decorado de telarañas. A la derecha de Jack, dos grandes tubos de calefacción atravesaban la pared que los separaba del horno colocado en la habitación contigua.

–Aquí está el manómetro –Watson le dio un golpecito–. Mide en libras por pulgada cuadrada. Supongo que ya lo sabe. Ahora lo tengo en cien, por la noche las habitaciones están un poco más frías, pero no hay muchos clientes que se quejen, qué demonios. De todas formas, en septiembre enloquecen por venir. Pero esta nena está vieja. Tiene más remiendos que un mono conseguido en la seguridad social. –De nuevo asomó el pañuelo. Tras repetir la operación anterior, agregó–: Pesqué un maldito resfriado, como siempre me

pasa en septiembre. Primero aquí con esta vieja puta, después fuera, cortando el césped o rastrillando esa cancha de roqué. Primero enfriamiento, luego resfriado, solía decir mi anciana madre, que Dios la bendiga. Murió hace seis años, de cáncer. Cuando lo agarra a uno el cáncer, más vale que vaya haciendo testamento.

»Necesitará mantener la presión en no más de cincuenta o sesenta. El señor Ullman propone calentar un día el ala oeste, al siguiente el ala central, un día después el ala este. ¿No cree que está chiflado? ¡Cómo odio a ese cabrón! Todo el día ladrando como uno de esos perritos que le muerden a uno en el tobillo y después echan a correr por ahí meando la alfombra. Si los sesos fueran pólvora, no le alcanzarían para volarse la nariz. Es una lástima, las cosas que hay que ver cuando uno tiene un arma…

»Fíjese aquí. Este registro se abre y se cierra con estas anillas. Como ve, lo tengo todo marcado. Las cañerías que tienen etiquetas azules van a las habitaciones del ala este, las de etiqueta roja van al medio, las amarillas al ala oeste. Cuando quiera calentar el ala oeste debe acordarse de que es la parte del hotel que sufre realmente el clima. Cuando sopla viento, esas habitaciones se ponen peor que un mujer frígida con un cubo de hielo ya sabe dónde. Cuando sople el viento del oeste eleve la presión a ochenta. Es lo que yo haría.

–Esos termostatos de arriba… –empezó a decir Jack, pero Watson meneó vehementemente la cabeza. El pelo, esponjoso, le ondulaba sobre el cráneo.

–No están conectados. No son más que un adorno. Algunos clientes de California no están conformes si no tienen calor suficiente para cultivar palmeras en los jodidos dormitorios. Todo el calor viene de aquí abajo. Pero tiene que vigilar la presión. ¿Ve cómo va subiendo?

Dio un golpecito sobre el dial principal, que de cien libras por pulgada cuadrada había pasado a marcar ciento dos durante el soliloquio de Watson. Jack sintió que un escalofrío le recorría la espalda y tuvo una premonición funesta. Después Watson giró el regulador de presión para hacer bajar la caldera. Se escuchó un silbido y la aguja cayó bruscamente a noventa y uno. Watson cerró la válvula y el silbido se extinguió, como de mala gana.

–Ya ve cómo sube –continuó Watson–. Pero dígaselo a ese gordo de Ullman con cara de pájaro carpintero, y lo único que hará será sacar sus libros y pasarse tres horas demostrando que hasta 1982 no puede comprar otra. Le aseguro que el día menos pensado todo esto volará por los aires y espero que ese gordo cabrón esté aquí para montar en el cohete. ¡Dios, ojalá yo pudiera ser tan caritativo como era mi madre! Ella era capaz de ver algo bueno en todos, pero yo soy tan bueno como una serpiente con sarna. ¡Qué demonios, uno no puede ir en contra de su naturaleza!

»Bueno, acuérdese de bajar aquí dos veces al día y otra vez por la noche antes de meterse en la piltra. Tiene que comprobar la presión porque si se olvida, irá subiendo y subiendo y

lo más probable es que usted y su familia despierten en la maldita Luna. Si la baja un poquito, no tendrá problemas.

–¿Cuál es el límite?

–Bueno, está regulada para dos cincuenta, pero mucho antes de llegar a ese punto habrá volado. No me obligaría a bajar y quedarme junto a ella si esa aguja estuviera marcando ciento ochenta.

–¿No tiene interruptor automático?

–Por supuesto que no. Cuando construyeron esto, no exigían esas cosas. Ahora el gobierno se mete en todo, ¿no? El FBI abre las cartas, la CIA te llena la casa de malditos micrófonos... mire lo que le pasó a Nixon. ¿No fue un espectáculo penoso? Pero si baja regularmente a vigilar la presión, no habrá problemas. Y acuérdese de alternar los conductos como él dice. No quiere que ninguna de las habitaciones esté a mucho más de diez grados, a no ser que tengamos un invierno asombrosamente suave. El apartamento donde ustedes se alojen pueden mantenerlo a la temperatura que quieran.

–¿Y qué hay de las cañerías?

–Sí, a eso iba. Es por aquí...

Entraron en una habitación rectangular que daba la impresión de tener kilómetros de longitud. Watson tiró de un cordón y una bombilla de 60 vatios arrojó un resplandor enfermizo y vacilante sobre la estancia, al final de la cual vieron el fondo del ascensor, con sus cables cubiertos de grasa que se deslizaban sobre poleas de seis metros de diámetro y su enorme motor, engrasado y sucio. Por todas partes había periódicos, en paquetes, sueltos o en cajas –en algunas se leía «Registros», «Facturas» o «Recibos»–. Todo lo invadía un color amarillento y fangoso. Algunas cajas se caían a pedazos, derramando por el suelo hojas amarillentas que debían de tener más de veinte años. Jack miraba alrededor, fascinado. En aquellas cajas podridas podía estar enterrada la historia del Overlook.

–No es fácil mantener en funcionamiento el jodido ascensor –dijo Watson, señalándolo con el dedo pulgar–. Sé que Ullman está pagando unas cuantas cenas al inspector de ascensores para no tener que arreglar esa porquería. Aquí tiene la instalación central de fontanería.

Frente a ellos se elevaban cinco grandes cañerías, cada una de ellas con un revestimiento aislante y sujeta por bandas de acero, que ascendían hasta perderse de vista entre las sombras.

Watson señaló una estantería llena de telarañas que había junto al pozo de ventilación. Sobre ella había un montón de trapos grasientos y una carpeta archivadora de hojas separables.

–Ahí tiene los planos de fontanería –explicó–. No creo que tenga ningún problema de filtraciones porque nunca las hubo, pero a veces las cañerías se congelan. La única manera de evitarlo es dejar correr un poco los grifos durante la noche, pero en este jodido palacio hay más de cuatrocientos grifos. El gordo maricón de arriba iría gritando todo el camino hasta Denver cuando viera el recibo del agua, ¿no cree?

–Supongo que es un análisis notablemente agudo.

Watson lo contempló con admiración.

–Oiga, usted sí que es hombre de estudios, ¿sabe? Habla como un libro. Admiro a la gente así, siempre que no sean de esos tipos mariposones… ¿Sabe quién tuvo la culpa de todos esos líos de las universidades hace unos años? Los homosexuales. Como están frustrados, tienen que soltarse, salir del molde, eso dicen. ¡Bendita mierda, no sé adónde irá a parar el mundo!

»Bueno, si se le congela, lo más probable es que sea en este pozo, que no tiene calefacción, fíjese… Si ocurre, tiene esto –buscó dentro de un cajón de naranjas roto hasta encontrar un pequeño soplete de gas–. Cuando encuentre el tapón de hielo, quite el aislante y aplíquele directamente el calor. ¿De acuerdo?

–Sí. Pero ¿y si se hiela una de las cañerías que no están dentro del pozo de ventilación?

–Eso no sucederá si usted trabaja bien y mantiene el lugar caliente. De todas formas, no puede acceder a las otras cañerías. No se preocupe por eso, no tendrá problemas. ¡Menudo lugar de muerte este agujero! Está lleno de telarañas. Me da escalofríos, créame.

–Ullman me contó que el primer vigilante de invierno mató a su familia y luego se suicidó.

–Sí, ese tipo llamado Grady. Un mal bicho, lo supe desde que lo vi, siempre con esa sonrisa de zorro… sucedió cuando todo empezó de nuevo aquí. Ese jodido gordo de Ullman habría contratado al estrangulador de Boston con tal de aceptar el salario mínimo. Los encontró un guardabosques del parque nacional; el teléfono estaba cortado. Todos estaban en el ala oeste, en la tercera planta, convertidos en bloques de hielo. Una pena las pobres niñas. Tenían seis y ocho años de edad. Eran preciosas como capullos. ¡Y qué infernal revoltijo! El jodido Ullman, que durante la temporada baja administra un hotelucho de Florida, tomó un avión a Denver y alquiló un trineo para que le trajera desde Sidewinder porque los

caminos estaban cerrados... ¡Un trineo! ¿No es increíble? Por poco se hernió tratando de impedir que saliera en los periódicos. Lo hizo bastante bien, tengo que admitirlo. Salió una nota en el Denver Post y, por supuesto, en ese diario de mierda que tienen en Estes Park, pero nada más. Sí, bastante bien, considerando la reputación que ha alcanzado este lugar. Esperaba que algún reportero empezara a escarbar de nuevo y pusiera a Grady como excusa para remover los escándalos.

–¿Qué escándalos?

Watson se encogió de hombros.

–Todos los grandes hoteles tienen escándalos –respondió–. Lo mismo que cualquier gran hotel tiene fantasmas. ¿Por qué? Demonios, la gente viene y va. A veces alguno estira la pata en su habitación, un ataque al corazón, un derrame o algo así. Los hoteles son lugares supersticiosos, ¿sabe? No hay planta trece ni habitación trece, ni se pone un espejo colgado de la puerta por donde se entra, ni cosas así. Verá, en el último mes de julio perdimos una fulana. Ullman tuvo que ocuparse del asunto, y puede apostar la cabeza a que lo hizo. Por algo le pagan veintidós mil por temporada, y por más que me disguste ese tipo, reconozco que se los gana. Parece que hubiera gente que viene aquí sólo para vomitar y que contrataran a un tipo como Ullman para limpiar los vómitos. Pues bien, vino esa mujer, que debía de tener sus malditos sesenta años... ¡mi edad!, con el cabello teñido más rojo que la luz de una casa de putas, las tetas caídas hasta el ombligo, no llevaba sostén, unas venas varicosas en las piernas que parecían un par de mapas de carreteras, ¡y las joyas que llevaba en el pescuezo, los brazos y las que le colgaban de las orejas! Vino con un chico que no podía tener más de diecisiete años, con el pelo largo hasta el trasero y el pantalón ajustado como si lo rellenara con las páginas de chistes. Pasaron aquí un semana o unos diez días, no sé, y todas las noches la misma historia... En el salón Colorado, de cinco a siete, ella tragando ponches como si al día siguiente fueran a declararlos fuera de la ley, y él con una botellita de Olympia que nunca se acababa. La zorra contando chistes y diciendo todas esas cosas ingeniosas, y cada vez que decía una él hacía una mueca como un jodido mono, como si le hubieran atado hilos a los extremos de la boca. Sólo que después de unos días a él le costaba cada vez más sonreír, y sabe Dios en qué tendría que pensar para conseguir que le funcionara el arma a la hora de acostarse. Bueno, después iban a cenar, él caminando y ella tambaleándose, borracha como un pato. Imagínese, el muchacho pellizcando a las camareras y sonriéndoles cuando ella no miraba. Créame que hasta hicimos apuestas a ver cuánto duraría. –Watson se encogió de hombros–. Entonces, una noche, alrededor de las diez, él bajó diciendo que su «mujer» estaba «indispuesta», es decir, que se había desmayado como todas las noches que estuvo aquí, y que iba a buscarle un remedio para el estómago. Se largó en el Porsche en que había llegado y ésa fue la última vez que se le vio el pelo. A la mañana siguiente ella bajó y trató de mantener el tipo, pero cada vez iba poniéndose más y más pálida, hasta que el señor Ullman le preguntó, muy diplomático, si querría notificar el hecho a la policía del Estado, por si él hubiera tenido un accidente o cualquier cosa. Ella se le echó encima como una gata, diciendo que era un conductor estupendo, que ella no estaba preocupada, que él volvería para la cena y

cosas así. De modo que esa tarde, sobre las tres, ella fue al Colorado y no cenó nada. A las diez y media se metió en su habitación y ésa fue la última vez que la vimos viva.

–¿Qué sucedió?

–El juez del Condado dijo que se había tomado unos treinta somníferos, además de todo el alcohol. Al día siguiente apareció el marido, un gran abogado de Nueva York, y paseó al viejo Ullman por todos los corredores del infierno. Que lo demandaré por esto, lo procesaré por lo otro y cuando acabe con usted, no podrá encontrar ni un par de calzoncillos limpios y cosas por el estilo… Pero Ullman no es tonto, el muy mamón. Al final logró calmarlo. Supongo que preguntó al figurón qué le parecía que su mujer apareciera en todos los periódicos de Nueva York: Esposa de prominente blablablá neoyorquino aparece muerta con la panza llena de somníferos, después de haber estado jugando al escondite con un chico que podía haber sido su nieto…

»La policía encontró el Porsche en la parte trasera de ese bar nocturno en Lyonos, y Ullman tiró de algunos hilos para conseguir que lo devolvieran al abogado. Después, entre los dos presionaron al viejo Archer Houghton, el juez del Condado, y consiguieron que cambiara el fallo por el de muerte accidental, ataque al corazón. Y ahora el viejo Archer conduce un Chrysler. Yo no lo critico. Un hombre tiene que aprovechar lo que encuentra, especialmente cuando van pasando los años.

Volvió a sacar el pañuelo, a sonarse y, tras mirarlo, lo guardó una vez más en el bolsillo.

–¿Y qué pasa luego? Una semana después esa estúpida camarera, Delores Vickery, da un grito infernal mientras está haciendo la habitación de esos dos y cae desmayada. Cuando vuelve en sí, dice que ha visto a la muerta en el cuarto de baño, tendida en la bañera, desnuda. «Con la cara de color púrpura e hinchada. Me sonrió», dice. Así que Ullman la despidió pagándole dos semanas y le dijo que se esfumara. Calculo que en este hotel deben de haber muerto unas cuarenta o cincuenta personas desde que mi abuelo empezó el negocio en 1910. –Clavó en Jack una mirada penetrante e inquirió–: ¿Y sabe cómo murió la mayoría? De infartos o derrames cerebrales, mientras se divertían con la dama que estaba con ellos. Ésos son los que más vienen a estos lugares, tipos viejos que quieren echar la última cana al aire. Vienen a las montañas para comportarse como si tuvieran otra vez veinte años, pero a veces les falla algo, y no todos los tipos que dirigieron este lugar eran tan buenos como Ullman para escabullirse de los periódicos. Así que el Overlook tiene su reputación, ya lo creo. Apostaría a que el jodido Biltmore de Nueva York también la tiene, si uno sabe a quién hay que preguntarle.

–¿Y no hay fantasmas?

–Señor Torrance, he trabajado aquí toda mi vida. Cuando era un crío de la edad de su hijo en esa foto que me enseñó, ya jugaba aquí, y todavía no he visto un fantasma. Acompáñeme al fondo, que le enseñaré el depósito de herramientas.

–De acuerdo.

Cuando Watson se disponía a apagar la luz, Jack comentó:

–Menuda cantidad de papeles hay aquí abajo.

–No lo dirá usted en broma. Parece que los hubieran guardado durante mil años. Periódicos, recibos viejos, facturas, cuentas y sabe Dios qué más. Mi padre solía hacer una buena limpieza cuando teníamos el antiguo horno de leña, pero ahora la cosa se nos ha ido de las manos. Un año debería contratar un chico que los lleve a Sidewinder para quemarlos… si Ullman quiere correr con el gasto. Supongo que lo hará, si grito «ratas» en voz alta.

–Así pues, ¿hay ratas?

–Bueno… supongo que algunas. Ya tengo las ratoneras y el veneno que el señor Ullman quiere que ponga en el desván y aquí abajo. Tenga cuidado con su hijo, señor Torrance, no querrá que le pase nada…

–Tiene razón –viniendo de Watson, el consejo no resultaba hiriente.

Al llegar a la escalera, se detuvieron un momento mientras Watson volvía a sonarse la nariz.

–Allí encontrará todas las herramientas que necesite, y algunas innecesarias, supongo. Y está el asunto de las tejas. ¿Le habló Ullman de eso?

–Sí, quiere que cambie parte de las tejas del ala oeste.

–Ese gordo presuntuoso querrá que haga usted tanto trabajo gratis como pueda. En la primavera andará llorando por ahí, porque el trabajo no está hecho como es debido. Ya se lo dije una vez en su propia cara, le dije que…

Las palabras de Watson fueron desvaneciéndose lentamente a medida que subían por las escaleras. Jack Torrance echó una mirada por encima del hombro a la impenetrable

oscuridad que olía a vejez y moho, y pensó que si en algún lugar había fantasmas, debía de ser aquél. Pensó en Grady, enclaustrado por la nieve lenta e implacable, enloqueciendo hasta cometer aquella atrocidad. ¿Habrían gritado?, se preguntó. Pobre Grady, sentir que aquello estaba más cerca de él cada día, saber finalmente que para él la primavera nunca llegaría. No debería haber estado allí. No debería haber tenido ese «acceso de mal genio...»

Mientras atravesaba la puerta siguiendo a Watson, las palabras resonaron en su mente como el tañido de una campana, acompañadas por un ruido seco... como el de un lápiz que se quiebra. Necesitaba un trago... o mil, pensó.

4. EL PAÍS DE LAS SOMBRAS

Danny sintió que le flaqueaban las piernas, y a las cuatro y cuarto subió en busca de su leche y sus galletas. Las engulló mientras miraba por la ventana, después entró a besar a su madre, que se había echado. Wendy le sugirió que se quedara en casa a ver un programa de televisión, porque así el tiempo pasaría más rápido, pero él negó con la cabeza y volvió a sentarse en el bordillo de la acera.

Aunque no tuviera reloj ni supiera leer todavía la hora, Danny se daba cuenta del paso del tiempo por el alargamiento de las sombras y por el tono dorado que empezaba a adoptar la luz de la tarde.

Mientras giraba el planeador entre sus manos, empezó a tararear:

–Salta sobre mí, Lou, no me importa... salta sobre mí, Lou, no me importa... mi maestra se marchó... Lou, Lou, salta sobre mí...

Él y sus compañeros solían entonar esa canción en el jardín de infancia Jack y Jill, donde iba cuando vivían en Stovington. Pero ahora no iba al jardín porque papá no tenía dinero suficiente para mandarle. Danny sabía que su madre y su padre estaban preocupados por eso, ya que aumentaba su soledad –y aún más importante, les preocupaba que Danny pudiera culparlos–, pero en realidad él no quería seguir yendo al viejo Jack y Jill. Era para bebés, y aunque él todavía no era un chico grande, tampoco era un bebé. Los chicos mayores iban a la escuela de los mayores, donde les servían un almuerzo caliente. El año próximo iría a primer grado. Este año era como un lugar intermedio entre ser un bebé y un chico mayor. No obstante, estaba bien. Echaba de menos a Scott y a Andy –principalmente

a Scott–, pero no podía quejarse. Parecía mejor estar solo para esperar cualquier cosa que pudiera suceder.

Danny entendía muchas cosas de sus padres, y sabía que a menudo a ellos no les gustaba que él lo entendiera, negándose incluso a creer que así fuera. Sin embargo, algún día tendrían que aceptarlo. Él se conformaba con esperar.

Pero era una pena que no pudieran creerlo, especialmente en momentos como aquél. Mamá estaba echada en su cama, a punto de llorar de tan preocupada que estaba por papá. Algunas de las cosas que la preocupaban eran demasiado complejas para que él las entendiera; cosas vagas que tenían que ver con la seguridad, con la «imagen de sí mismo» de papá, con sentimientos de culpa y enojo y con el miedo por lo que podría suceder con ellos, pero las dos cosas principales que en ese momento la preocupaban eran que papá hubiera tenido una avería en la montaña o que hubiera ido a hacer «algo malo». Danny sabía perfectamente qué era «algo malo» desde que se lo había explicado Scotty Aaronson, que tenía seis meses de edad más que él. Scotty lo sabía porque también su papá había hecho «algo malo». Le había contado que una vez su padre había golpeado a su madre y la había derribado. Finalmente los padres de Scotty se habían divorciado por culpa de aquel «algo malo», de modo que cuando Danny lo conoció Scotty vivía con su madre y únicamente veía a su padre los fines de semana. El mayor terror de la vida de Danny era el DIVORCIO, palabra que se le aparecía mentalmente como un cartel pintado con letras rojas, cubiertas de serpientes sibilantes y venenosas. Cuando había un DIVORCIO, los padres se separaban y se peleaban por el hijo en un tribunal. Luego uno tenía que ir a vivir con uno de ellos y al otro casi nunca lo veía, hasta que ese con el que estaba podía casarse con alguien a quien uno no conocía, si les entraba mucha prisa. Lo que más aterrorizaba a Danny del DIVORCIO era que había notado que esa palabra estaba presente en la cabeza de sus padres, a veces en forma difusa y relativamente distante, pero otras como algo tan denso, oscuro e impresionante como las nubes de tormenta. Ocurría así desde el día que papá le castigó por desordenar y ensuciar los papeles que tenía en su estudio y el médico tuvo que escayolarle el brazo. El recuerdo del episodio se había desvanecido, pero el recuerdo de las ideas de DIVORCIO era nítido y angustiante. Era una idea que por aquel entonces había rondado principalmente a su madre, y Danny había vivido en el terror constante de que ella arrancara la palabra del cerebro y la pronunciara, convirtiéndola en realidad. DIVORCIO... Era una corriente subterránea constante en el pensamiento de sus padres, una de las pocas ideas que Danny podía detectar, como se percibe un ritmo musical sencillo. Pero al igual que un ritmo, la idea central no era más que la espina dorsal de otras ideas más complejas, de cosas que él todavía ni siquiera podía interpretar, que se le presentaban como colores y estados de ánimo. Las ideas de DIVORCIO de mamá giraban en torno de lo que papá le había hecho en el brazo y de lo que había sucedido en Strovington cuando se quedó sin trabajo por culpa de ese George Hatfield, que se había enfadado con papá y le había pinchado las ruedas del coche. Las ideas de DIVORCIO de papá eran más complejas, de un color violeta oscuro y surcadas por aterradoras venas negruzcas. Al parecer, papá pensaba que ellos estarían mejor si él se marchaba, que las cosas dejarían de hacer daño. Su padre siempre hacía daño, sobre todo por su deseo de hacer «algo malo». Eso también era algo que él casi siempre detectaba: la constante

ansiedad de su padre por refugiarse en un lugar oscuro, ver un televisor en color, comiendo cacahuetes que iba sacando de un tazón y hacer «algo malo», hasta que el cerebro se le aquietara y le dejara en paz.

Pero esa tarde su madre no tenía necesidad de preocuparse, y Danny habría querido decírselo. El coche no se había averiado, ni papá estaba en ninguna parte haciendo «algo malo». En ese momento estaba a punto de llegar a casa, recorriendo la carretera entre Lyons y Boulder. Por el momento, papá no pensaba siquiera en hacer «algo malo». Pensaba en…

Danny miró furtivamente a sus espaldas, hacia la ventana de la cocina. A veces, cuando se esforzaba mucho en pensar, las cosas reales se alejaban y veía otras que no estaban. En cierta ocasión, poco después de que le hubieran escayolado el brazo, tuvo una de esas experiencias. En aquel momento sus padres no se hablaban, pero pensaban, eso sí. Las ideas de DIVORCIO se cernían sobre la mesa de la cocina como una nube negra llena de lluvia, preñada, próxima a estallar. Él se sentía tan mal que no podía comer; la idea de comer con toda esa nube negra de DIVORCIO encima le producía náuseas. Y como todo le parecía tan desesperadamente importante, Danny se había sumergido por completo en la concentración y había sucedido algo. Cuando regresó al mundo de las cosas reales, estaba tendido en el suelo, manchado de judías y puré de patatas, y su mamá lo tenía en brazos llorando mientras papá llamaba por teléfono. Él se había asustado y había tratado de explicarles que no pasaba nada, que eso era lo que le sucedía cuando se concentraba para entender más de lo que normalmente podía. Intentó explicar lo de Tony, a quien ellos llamaban su «compañero de juegos invisible».

–Ha tenido una alucinación –dijo su padre–. Y aunque ahora parece estar bien, quiero que lo vea el médico.

Cuando el médico se marchó, mamá le hizo prometer que jamás volvería a hacer eso, que nunca volvería a asustarlos de esa manera, y él había accedido. En realidad, también estaba asustado, porque al concentrarse, su mente había volado hacia su padre y, por un momento, antes de que apareciera Tony –como siempre, llamándolo desde lejos– y las cosas raras eclipsaran la cocina y la tajada de asado sobre el plato azul, su conciencia había atravesado la oscuridad de su padre hasta hundirse en una palabra incomprensible, mucho más aterradora que DIVORCIO, y esa palabra era SUICIDIO. Danny jamás volvió a encontrarla en la mente de su padre, y ciertamente no había vuelto a buscarla. No deseaba saber con exactitud el significado de esa palabra.

Sin embargo, le gustaba concentrarse porque a veces venía Tony, aunque no siempre. A veces las cosas simplemente se ponían borrosas durante un minuto y después se aclaraban… pero otras, en el límite mismo de la visión, se le aparecía Tony, llamándolo a la distancia, haciéndole señas…

Le había sucedido dos veces desde que se mudaron a Boulder, y Danny recordaba lo sorprendido y contento que se había sentido al descubrir que Tony lo había seguido desde Vermont. Así pues, no había perdido a todos sus amigos.

La primera vez, él estaba en el patio y no sucedió nada especial. Simplemente Tony le hizo señas y después hubo oscuridad y, unos minutos más tarde, Danny regresó a las cosas reales con algunos vagos fragmentos de recuerdo, como de un sueño enmarañado. La segunda vez, dos semanas antes, había sido más interesante. Tony le hacía señas, pronunciando un lejano «Danny... ven a ver...» Parecía como si estuviera levantándose y después hubiera caído en un profundo agujero, como Alicia en el País de las Maravillas. Luego Danny bajó al sótano de la casa y Tony estuvo junto a él, señalándole en las sombras el baúl donde su padre guardaba los papeles importantes, especialmente «la obra».

–¿Lo ves? –le había preguntado Tony con su voz musical y distante–. Está ahí, bajo la escalera. Los hombres de la mudanza lo pusieron bajo... la escalera.

Danny dio un paso adelante para mirar de cerca esa maravilla y de pronto se encontró de nuevo cayendo, esta vez desde el columpio del patio, donde había estado sentado durante todo ese tiempo. Luego se quedó sin aliento.

Tres o cuatro días más tarde, su padre se puso furioso mientras le decía a mamá que había buscado por todo el maldito sótano y el baúl no estaba, y que iba a demandar a los de la maldita empresa de mudanzas, que lo habían perdido entre Vermont y Colorado. ¿Cómo iba a poder terminar «la obra» si seguían sucediendo cosas como ésta?

–No, papá –le había dicho Danny–. Está debajo de la escalera. Los de la mudanza lo dejaron allí.

Su padre lo miró de una manera extraña y después fue a comprobarlo. El baúl estaba allí, exactamente donde Tony había dicho. Papá se lo llevó aparte, lo sentó en las rodillas y le preguntó quién le había dejado bajar al sótano. ¿Había sido Tom, el del piso de arriba? El sótano era peligroso, por eso el casero lo mantenía cerrado con llave. Si alguien lo dejaba sin llave, papá quería saberlo. Aunque se alegraba de haber encontrado sus papeles y su «obra», eso no valdría la pena, dijo, si Danny caía por las escaleras y se rompía el... la pierna. Él respondió con seriedad a su padre que no había bajado al sótano. Esa puerta siempre estaba cerrada con llave. Mamá dijo lo mismo. Danny nunca bajaba al vestíbulo del fondo, porque era húmedo y oscuro y estaba lleno de arañas. Además, él no decía mentiras.

–¿Y cómo lo sabías, hijo? –le preguntó.

–Me lo enseñó Tony.

Sus padres se miraron por encima de su cabeza. Había sucedido otras veces… y como eso los asustaba, lo apartaban cuanto antes de la cabeza. Pero Danny sabía que estaban preocupados por Tony, especialmente su madre, y él evitaba pensar de la manera que podía hacer aparecer a Tony cuando ella podía verlo. Pero ahora que su madre estaba en la cama y no iría a la cocina, se concentró intensamente para tratar de entender en qué estaba pensando papá.

Se le arrugó la frente, y las manos, no demasiado limpias, se cerraron en tensos puños sobre el pantalón vaquero. No cerró los ojos, no era necesario, sino que los entornó un poco, mientras imaginaba la voz de papá, la voz de Jack, la voz de John Daniel Torrance, queda y profunda, que a veces se estremecía de risa o se hacía más grave por el enojo, o simplemente seguía siendo serena porque su padre estaba pensando en…

Danny suspiró en silencio, y su cuerpo se aflojó sobre la acera como si de pronto se hubiera quedado sin músculos. Estaba consciente, veía la calle, la chica y el muchacho que venían por la acera de enfrente, cogidos de la mano porque estaban… ¿enamorados, felices por estar juntos ese día?, se preguntó. Veía las hojas de otoño arremolinándose en el arroyo, como ruedas amarillas de formas irregulares. Veía la casa frente a la que pasaban y se fijó en que el tejado estaba cubierto de «tejas… Sí, creo que no habrá problema si la caída de aguas… Así estará perfecto. Ese Watson, qué personaje. Ojalá le encuentre lugar en "la obra". Si no tengo cuidado, terminaré por meter en ella a todo el maldito género humano. Sí, tejas… ¿Habrá clavos ahí fuera? ¡A la mierda, olvidé preguntárselo! Bueno, son fáciles de conseguir, en la ferretería de Sidewinder. Avispas… Es la época en que anidan. Tal vez tendría que conseguir un pulverizador de insecticida para cuando saque las tejas viejas. Las tejas nuevas, las…»

Tejas… Así que estaba pensando en eso. Había conseguido el trabajo y estaba pensando en las tejas. Danny no sabía quién era Watson, pero todo lo demás le parecía bastante claro. Y por fin podría ver un avispero, tan seguro como que se llamaba…

–Danny… Danny…

Levantó los ojos y allí estaba Tony, en la calle, de pie junto a una señal de stop , saludándolo con la mano. Como siempre, Danny sintió una cálida oleada de placer al ver a su viejo amigo, pero esta vez le pareció sentir también una punzada de miedo, como si Tony hubiera venido con una sombra oculta a la espalda, quizá un bote lleno de avispas que, cuando quedaran en libertad, lo picarían despiadadamente.

Pero debía ir.

Sentado en el bordillo de la acera, las manos se le deslizaron entre los muslos para quedar colgando por debajo de la entrepierna. Hundió el mentón en el pecho. Después notó un tirón, leve e indoloro. Una parte de él se levantó y echó a correr hacia Tony, hacia un cono de oscuridad.

–¡Danny... !

La oscuridad estaba surcada por una blancura acechante, un ruido convulsivo, como un acceso de tos, y sombras doblegadas, torturadas, que se revelaron como abetos agitados en la noche por una borrasca atronadora. Nieve girando en una danza macabra... Nieve por todas partes...

–¡Demasiado profunda! –exclamó Tony desde la oscuridad, y en su voz había una tristeza que aterró a Danny–. ¡Demasiado profunda para salir!

De pronto, surgió otra forma, amenazante, en el fondo. Era rectangular y enorme. Un tejado en pendiente... blancura que se perdía en la oscuridad tormentosa y muchas ventanas. Era un edificio largo con tejas de madera. Algunas tejas eran más verdes, más nuevas. Las había puesto su padre con clavos de la ferretería de Sidewinder. Ahora la nieve estaba cubriendo las tejas, estaba cubriéndolo todo.

Vio una luz verde, sobrenatural, que se encendió frente al edificio, parpadeando y convirtiéndose en una gigantesca calavera que sonreía sobre dos tibias cruzadas.

–¡Veneno! –advirtió Tony desde la flotante oscuridad–. ¡Veneno!

Otros signos parpadeaban ante sus ojos, algunos en letras verdes, otros escritos en tablas que se inclinaban y torcían bajo el empuje de la ventisca: ¡PROHIBIDO NADAR! ¡PELIGRO! CABLES ELECTRIZADOS. PROHIBIDO ENTRAR EN ESTA PROPIEDAD. ALTA TENSIÓN. TERCER RIEL. ¡PELIGRO DE MUERTE! ¡CUIDADO! NO ENTRAR. SE DISPARARÁ SOBRE LOS INFRACTORES. Danny no entendía ninguno de ellos, pero todos le daban una sensación de terror onírico que se filtró en los huecos oscuros de su cuerpo, como esporas leves que morirían a la luz del sol.

Los carteles se desvanecieron. Ahora estaba en una habitación oscura, llena de muebles extraños. La nieve golpeaba las ventanas como si arrojaran arena. Danny sentía la garganta seca, le escocían los ojos y el corazón martilleaba en su pecho. En el exterior se escuchaba un ruido hueco, retumbante, como el de una puerta espantosa que se abre bruscamente de par en par. Luego ruido de pasos. Al otro lado de la habitación había un espejo, y en lo más hondo de su burbuja de plata aparecía una palabra escrita en fuego verde, y esa palabra era REDRUM.

De repente, la habitación se esfumó y Danny apareció en otra. Le resultaba familiar. Había una silla en el suelo; una ventana rota por donde penetraban remolinos de nieve, que se helaba sobre el borde de la alfombra. Las cortinas habían sido arrancadas a tirones y pendían de su barrote, quebrado en ángulo. Un armario pequeño yacía en el suelo.

Oyó más ruidos huecos y resonantes, constantes, rítmicos, horribles, como de cristales rompiéndose. Oyó que la destrucción se acercaba, y una voz ronca, la voz de un loco, aún más terrible por ser familiar:

–¡Sal! ¡A ver si sales, mierda, a tomar tu medicina!

Percibió el crujido de la madera al partirse. Luego un rugido de satisfacción y rabia. ¡REDRUM! ¡Ya viene...! Recorriendo la habitación, sin rumbo... arrancando cuadros de las paredes. Un tocadiscos... ¿el tocadiscos de mamá? Está en el suelo. Sus discos, Grieg, Händel, los Beatles, Art Garfunkel, Bach, Liszt, desparramados por todas partes, rotos, hechos pedazos. De pronto un rayo de luz surgiendo desde otra habitación, desde el cuarto de baño, una luz blanca y cruda, y una palabra parpadeando, encendiéndose y apagándose en el espejo del botiquín, como un ojo de color púrpura. ¡REDRUM! ¡REDRUM! ¡REDRUM!

–¡No! –susurró–. ¡No, Tony, por favor...!

E inerte, pendiendo por encima del labio blanco de la bañera, una mano... un lento hilo de sangre resbalando por uno de los dedos, goteando sobre los azulejos desde la uña cuidadosamente manicurada...

–¡ No, oh no, no... ! ¡Por favor, Tony, me das miedo...! ¡No sigas Tony no sigas...!

En la oscuridad los ruidos retumbantes se hacían más intensos, seguían creciendo por todas partes, inundándolo todo.

Danny se encontraba en un pasillo oscuro, agazapado sobre una alfombra azul con un tumulto de formas negras, retorcidas, entretejidas en la trama, escuchando los ruidos que se acercaban y una Forma dobló por el pasillo y empezó a acercarse, tambaleante, oliendo a sangre y destrucción. En la mano llevaba un mazo que hacía girar de un lado a otro describiendo arcos implacables, asestándolo contra las paredes, destrozando el empapelado y haciendo volar nubes fantasmales de polvo de yeso:

–¡Ven a tomar tu medicina! ¡Tómala como un hombre!

La Forma avanzaba hacia él, apestando con un hedor agridulce, gigantesca, cortando el aire con el mazo con un maligno susurro y después retumbando al estrellarlo contra la pared. Minúsculos ojos de fuego relucían en la oscuridad. El monstruo ya estaba sobre él; lo había descubierto, allí, acurrucado, con la espalda pegada contra la pared. Y la trampilla del techo estaba cerrada con llave.

–¡Tony, por favor quiero volver, por favor, por favor...!

Y volvió. Estaba sentado en la acera de Arapahoe Street, con la camisa húmeda pegada a la espalda y el cuerpo bañado en sudor. En sus oídos resonaba todavía el tremendo zumbido de la muerte y olió su propia orina, que no había podido controlar por el terror. Seguía viendo esa mano que colgaba inerte sobre el borde de la bañera, mientras la sangre corría por un dedo, y esa palabra inexplicable que era mucho más horrible que ninguna de las otras: REDRUM.

Vio la luz del sol; las cosas reales, a no ser por Tony, ya muy lejos, un puntito apenas, de pie en la esquina, hablando con su voz débil, aguda, dulce.

–Cuídate, doc...

Después, en un instante, Tony desapareció y el destartalado coche rojo de papá apareció doblando la esquina, traqueteando por la calle, arrojando por el tubo de escape nubes de humo azul. Danny se puso de pie, saludando con la mano, saltando de un pie a otro, gritando:

–¡Papi! ¡Eh, papi! ¡Hola, hola!

Su padre condujo el Volkswagen hacia la acera, paró el motor y abrió la portezuela. Danny corrió hacia él, pero se quedó perplejo, con los ojos desorbitados. El corazón se le aceleró al ver junto a su padre, en el otro asiento delantero, un mazo de mango corto, manchado de sangre y lleno de pelos.

No era más que un bolso de la compra, se dijo.

–Danny... ¿estás bien, doc?

–Sí, muy bien –se acercó a su padre y hundió la cara en el forro de piel de oveja de su chaqueta. Luego lo abrazó muy fuerte. Jack también lo hizo, un poco sorprendido.

–Oye, será mejor que no te quedes sentado al sol, hijo. Estás sudando.

–Creo que me quedé un rato dormido. Te quiero, papá. Estaba esperándote.

–Yo también te quiero, Dan. Mira, he traído algunas cosas. ¿Crees que eres bastante fuerte para subirlas?

–¡Claro!

–Doc Torrance, el hombre más fuerte del mundo –anunció Jack, mientras le removía el cabello–. Que se entretiene quedándose dormido en las esquinas.

Después los dos se encaminaron hacia la puerta y mamá bajó al porche, a su encuentro, y Danny se quedó en el segundo escalón, mirando cómo se besaban sus padres. Estaban contentos. El amor fluía de ellos de la misma manera que había fluido del muchacho y de la chica que paseaban por la calle, cogidos de la mano. Danny también estaba contento.

El bolso de la compra –que no era más que el bolso de la compra– crujía entre sus brazos. Todo estaba bien. Papá había vuelto, mamá lo amaba. No había nada de malo, y no todo lo que Tony le mostraba sucedía siempre.

Sin embargo, el miedo se había instalado en su corazón, profundo y terrible, y no podía olvidar esa palabra indescifrable que había visto en el espejo de su espíritu.